

Quiero estar en casa

En un instante dejé de sentirte con las manos
y anunciaron las nuevas formas de correr hacia la muerte:
besar tus labios, por ejemplo, es caminar hacia una especie de barranco.
En un instante la desgracia de un anciano es andar con las manos desnudas,
probando el mundo.
Parece que fue ayer cuando comía los tamalitos de Año Nuevo
y dejaba mi escritorio llenarse con el polvo de las calles.

Dibujó mi vida mientras subo al taxi y escucho la tos del conductor:
una tos indescifrable se esparce en el volante,
en el viento,
en las palabras.

Quiero estar en casa,
lavarme las manos,
volcar la fatiga insoportable en el papel.

Quiero estar en casa,
leer poemas,
pintar un arcoíris saliendo de las nubes.

Hace unos meses dijeron que tuve influenza,
mi corazón corría como un caballo enorme,
la fiebre lamía mis mejillas, mi frente,
no podía respirar.

Mi madre me leyó pasajes bíblicos a un lado de mi cama.
Mi madre pidió misericordia.

Hace poco entendí la vida.

Un hombre riega las flores con las gotitas que caen de su nariz.
Mi vecina se hunde en perfumes agrios para maquillar su soledad.
Lava cien mil veces el piso después de la fiesta
porque no puede lavar su culpa.

Quiero estar en casa y escribir mi enojo con la tinta.
Renuncio a la monotonía,
tiro al drenaje el asqueroso miedo,
entierro en el desierto la angustia.

Dibujó los hospitales vacíos,
bendigo al médico,
agradezco a la enfermera,
les aplaudo.

Van treinta cuatro días y estoy a punto de quebrarme.
Este poema se va tejiendo
en el pausado movimiento de las horas.

Treinta cuatro días yendo a la oficina
“no puedes trabajar en casa” —me repiten—
y el mundo se vuelve un polvorón mojado
en el café de la mañana.

Suplico a Dios,
le canto.

Los guantes combinan con mi ropa,
el cubrebocas esconde mi sonrisa.
El mundo me está conociendo por mis ojos.

Las lágrimas como el fuego, arden.

No quiero llorar.

Hoy me puse una careta protectora: mi fe.